

ANTONIO GARCIA VERDUCH

Maternidad

La maternidad es el más excelso atributo de la mujer, y merece ser tratada con el mayor respeto. El más grande milagro de la vida no debe tratarse más que con delicadeza y ternura.

Siendo así, no se entiende por qué la nueva cultura se irrita y se encrespa ante la sola mención de la maternidad.

La cultura de hoy es una pobre réplica de la que existía en los años de la pre-guerra.

En aquellos tristes años, se embadurnaban las paredes con carteles que decían: "Compañeros sí, hijos no", lo cual, dicho en plata, equivalía a: "Machos sí, consecuencias no".

Según la nueva cultura, ¿es la mujer, simplemente, un mamífero hembra, o es algo más?

Hace diez años, el 4 de Mayo de 1985, nos decía en El País el prestigioso periodista Vicente Verdú: "Resistente, inmaquillable, bestial, la madre humana es la mayor traición a la cultura de la especie. No es de extrañar que la ciencia esté pugnando hasta hallar las formas más indirectas de procreación. La madre es un persistente pavor en el reino de la cultura. Se le descompone el cuerpo como a un mamífero cualquiera y vive a su cría con la extremosidad de los perros".

Y tres años antes, en 1982, nos decía el poeta Luis Álvarez Lencero en su libro de poesía "Juan Pueblo", 2ª edición, Badajoz: "Madre nuestra, que estás en el estiércol, / meada por las hienas, tú la esclava, / levántate del cielo y grita libre / leche de libertad".

La imagen de la madre adorable, que muchísimas personas guardamos aún en lo más cálido de nuestro corazón, se nos muestra hoy crucificada y escarnecida por una sociedad egoísta y cruel.

"Madre nuestra, que estás en el estiércol, meada por las hienas", dice el inspirado poeta cuando quiere expeler un lácteo grito de libertad.

"La madre humana es la mayor traición a la cultura de la especie", dice el inspirado prosista cuando quiere expresar la incultura del parto.

A las mujeres de la nueva cultura se les presenta un dilema estremecedor: La sexualidad alcanza el más elevado rango cultural, y el parto constituye la mayor traición a la cultura de la especie.

Según este marco de apreciación, la solución está en sustituir el abominable acto de parir, por otro más culto y más científico, como es el de abortar. Con esta sustitución, se volatiliza la vida inocente del no nacido, pero la cultura -que es lo principal- queda a salvo.

Con el aborto queda a salvo, en su altar, la sacrosanta cultura de los cultos legisladores. Queda a salvo, también, la cultura de los cultos gobernantes, de los cultos magistrados, de los cultos médicos, de las cultas hembras que reculan, de los cultos presuntos padres, que también reculan, y de todas aquellas madres que, un aciago día, cometieron la mayor traición a la cultura de la especie, pariendo a esta culta tropa.

¡Oh, cultos que me escucháis! ¿Por qué os avergonzáis de la biología, de esa biología sobre la cual habéis edificado vuestra propia cultura?

¿No será que habéis edificado vuestra cultura, únicamente, sobre la parcela de la biología que sustenta el placer? ¿No será que vuestra cultura consiste exclusivamente en adorar el placer?

¡Cuántas culturas, a lo largo de la historia, se derrumbaron y desaparecieron para siempre, porque su única fortaleza era la fragilidad del placer!

Ahora nos ofrecéis una cultura, recién inventada que, curiosamente, reproduce con asombrosa fidelidad el modelo de aquellas arcaicas civilizaciones, decadentes, dichosamente fenecidas.

Vuestra cultura, del cul y del eructo, se ciñe fielmente al contorno de vuestros cuerpos y no tiene valores que trasciendan, en el espacio, más allá de la epidermis, y en el tiempo, más allá del presente.

Las grandes fuerzas de la nueva cultura son las fuerzas centrípetas, que atraen todo el placer del universo y lo concentran sobre vuestros ombligos.

¡Oh, cultos, que me seguíis escuchando! ¡Dejad de extasiaros en la contemplación de vuestro invento cultural, e intentad levantar los pies del suelo! ¿No sentís que pesan como plomo? ¿No sentís que vuestra cultura es cultura de esclavitud, y que os encadena pesadamente al suelo? ¿No os sentís torpes y pesados, como cetáceos varados en la arena? ¿No os sentís huérfanos de alas y ayunos de vientos y de cielo? ¿No experimentáis la triste sensación de ser, vosotros mismos, la inseparable epidermis del suelo, y la alfombra de los seres alados?

¿Por qué no buscáis otra cultura más etérea, más centrífuga, más trascendente, en la cual los hijos nazcan y crezcan felices, y adoren a sus madres, y las madres vivan con plenitud el gozo de su maternidad, y no sean vituperadas por los poetas ni por los prosistas, y no estén en el estiércol, ni sean meadas por

las hienas, ni caiga sobre ellas la afrenta de ser traidoras a su especie?

Yo he visto madres hienas, en libertad -no en leche de libertad- acompañadas de sus crías, mirando con asombro a los seres humanos, y huyendo después en el herbazal. Eran madres hienas, más preocupadas en proteger a sus adorables crías que en mear a nuestras adorables madres.

He visto otros muchos animales salvajes, que se mostraban feroces con los demás, y dulces con sus crías.

He visto mamíferos hembras -a los cuales se les descompone el cuerpo como a una mujer cualquiera- que gestan, y traicionan la cultura de su especie, pariendo, y amamantan a sus crías, y las cuidan con solicitud, y las acarician, y las defienden con fiereza.

También las aves defienden a sus crías, a veces hasta el límite del heroísmo. He visto un

ave corredora adulta, acompañada de su cría, muy joven. El polluelo corría por el carril de barro, ya seco, marcado por el paso de otros automóviles, en una sabana africana.

La rueda delantera del vehículo en que yo viajaba, avanzaba, amenazadora, acercándose más y más. El infeliz polluelo corría asustado.

La madre, enloquecida, corría junto al carril, batiendo sus alas, y en un momento determinado saltó al interior del carril, interpuso su cuerpo entre la rueda y el polluelo, abrió las alas, en actitud protectora y, al fin, logró, con sus alas, hacer salir al polluelo de aquel maldito carril. Esta es la pequeña, sublime, historia de un insignificante animal.

¡Qué hermosa es la vida cuando aún conserva, recientes las huellas de su creación, y qué sucia y triste es cuando ha sido mancillada por la nueva cultura, por esa cultura de orines y de estiércol que afrenta y escandaliza a mis hienas y a mis aves!